

## Vida compartida

Nuestra revista alcanza, al comenzar su año cuarenta y nueve de vida, el número 500.

Es un número redondo y, por ende significativo.

No es fácil llegar a esa cifra. Por si sola habla de pretérito y de historia; habla de eficacia y evoca crisis superadas; habla de ilusiones, y de ilusiones con identidad suficiente para vencer esas ganas de “tirar la toalla” que suelen surgir, en más de una ocasión, cuando las personas, las instituciones, las realizaciones tienden a perpetuarse.

Pero esta editorial no pretende detenerse más en reflexionar sobre esa meta alcanzada, sino que quiere centrarse en lo que constituye el tema monográfico de este quinto número de la tercera época de nuestra revista, que se inició hace ya un año y en la que se pasó de su tradicional soporte en papel al actual soporte digital.

La *ficha psicopedagógica*, elaborada por los amigonianos, como síntesis de sus estudios –algunos de ellos realizados a finales de los años veinte en escuelas centroeuropeas– y, sobre todo, como resultado de su propia experiencia educativa acumulada, ocupa íntegramente este número.

Pero tampoco es directamente acerca de ella –de su confección y estructura–, de lo que aquí y ahora se quiere hablar. De ello ya se encarga –y de forma magistral– el padre Fidenciano, el autor de la monografía.

En realidad, sólo quisiera llamar la atención sobre lo que se podría considerar –y creo que con toda razón– el *alma* de ese instrumento de la psicopedagogía puesto al servicio directo de la educación que, en su día, se denominó *la ficha*.

Explicando su razón de ser, el padre Fidenciano dice que ésta nace ante la imperiosa necesidad que se plantea la ciencia pedagógica de *conocer para educar*.

Más adelante –y como un paso ulterior de la filosofía que se esconde tras la naturaleza de la mencionada ficha –añade que hay que *observar para conocer*. Y, a partir de aquí, se detiene ya el autor en profundizar en los distintos tipos de

observación –directa o experimental– y en su ámbito de acción, bien individual, bien social.

Lo único que uno podría echar en falta en tan lograda exposición –aunque en realidad el autor lo acaba expresando en el contexto unitario de su escrito– es el haber completado la *génesis filosófica de la ficha amigoniana* con un tercer axioma que, más o menos, pudiera formularse así: *compartir para observar*.

En realidad, ese ha sido siempre el gran secreto de todo el quehacer amigoniano: *compartir la vida*, convivir con los educandos. Y este es también, en consecuencia, el gran secreto de esa *observación integral* que propone el propio sistema educativo. Ésta, aunque apoyada en las técnicas de las ciencias psicopedagógicas y avalada por ellas, debe tener su principal agente en la persona del educador en contacto directo, vital, cordial, con los alumnos.

Uno de los primeros educadores amigonianos expresaba esta realidad del educador –siempre en diálogo vital con sus educandos– como *amor que vigila*, que se mantiene solícito por ellos y por su entorno, aunque no deja de tener un “ojo a vizar” para trascender, de alguna manera, la mera realidad del presente.

EPLA, 7 de enero de 2008

*Juan Antonio Vives Aguilera*